

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS ANTECEDENTES CULTURALES DE PROBABLE ORIGEN TEOTIHUACANO (SIGLOS I-IX D. C.)

Examinaremos ahora los posibles antecedentes durante el horizonte teotihuacano de lo que llegaría a ser el pensamiento náhuatl. Confesamos antes que nada que, como en el caso de la “cultura madre” también respecto de lo más elevado de las instituciones teotihuacanas, entre ellas su pensamiento, nos encontramos frente a enigmas y oscuridades.

Por algunas de las pinturas murales teotihuacanas sabemos de la existencia de sacerdotes y sabios que verosímelmente se dedicaron a diversas formas de especulación, relacionadas tal vez con las observaciones astronómicas, los cálculos calendáricos, los conocimientos acerca de la divinidad y la reflexión sobre los antiguos mitos. Y es interesante notar que el mismo testimonio de los informantes de Sahagún, que habla de sus orígenes culturales, al tratar de Teotihuacan se refiere también a la presencia y actuación en ella de sacerdotes y sabios:

Allí vinieron a reunirse en Teotihuacán,
allí se dieron las órdenes,
allí se estableció el señorío.
Los que se hicieron señores
fueron los sabios,
los conocedores de las cosas ocultas,
los poseedores de la tradición...¹⁵

Desgraciadamente no disponemos de fuente alguna que nos permita conocer en detalle las especulaciones de estos sabios ni menos aún seguir la evolución de su pensamiento a través de las varias etapas de Teotihuacan. Por ello nos restringimos a señalar

¹⁵ Informantes de Sahagún, *op. cit.*, f. 195r; AP I, 93.

algo de lo que puede inferirse en virtud principalmente de los hallazgos de la arqueología.

Ya hemos dicho que en Teotihuacan se han encontrado inscripciones que dan testimonio de que en ella tenían vigencia las dos formas de calendario: el *tonalpohualli*, o cuenta de los días, y el *xiuhpohualli*, o cuenta de los años. El calendario había llegado a Teotihuacan como resultado de la difusión proveniente de las costas del golfo. Otros elementos culturales parecen provenir también, al menos en su modelo conceptual, de la antigua cultura madre. Entre ellos se cuentan algunos motivos y técnicas más perfeccionadas en la cerámica y la escultura, así como probablemente la idea de la planificación y edificación de templos y recintos ceremoniales.

Pero es justamente la ciudad de los dioses, en donde se continúan las excavaciones, la que podrá revelarnos de manera implícita algo de lo que fue la concepción que le dio origen. Sus dos grandes pirámides, edificadas dentro de una gran planta concebida con sentido religioso pero también urbanístico, son modelo de lo que será la arquitectura sagrada en la América Media. Las terrazas superpuestas con taludes inclinados y con una escalera central con alfaridas, coronado todo por un santuario en la parte más alta, parecen ser la imagen plástica de los varios pisos celestes por encima de los cuales se encuentra la morada de la divinidad. La orientación de las pirámides hacia los cuatro rumbos del universo corrobora esta interpretación. Hace pensar que quienes las edificaron quisieron hacer visible y tangible su antigua concepción del universo. Y no falta la idea de las moradas de los muertos, complemento indispensable en la concepción trascendente del mundo. Testimonio de ello es la representación mural del Tlalocan, o paraíso de Tláloc, en el palacio de Tepantitla dentro del mismo recinto teotihuacano.

Algo es también lo que sabemos acerca de los dioses que adoraban los teotihuacanos. El dios que en los días de la cultura madre aparece con la máscara de tigre alcanza su más completa evolución y se representa en pinturas y esculturas teotihuacanas con los atributos de quien llamarán Tláloc los nahuas posteriores. El antiguo dios viejo, Huehuetéotl, el Señor del fuego y del tiempo, venerado también en la época anterior a la ciudad de los dioses, continúa siendo objeto de culto. Pero, además de estas representaciones sagradas, y de otras

como la que parece ser Chalchiuhtlicue, rostro femenino de Tláloc, constantemente se reitera el símbolo de la serpiente emplumada, conocida en los textos posteriores como Quetzalcóatl.

En relación con la serpiente emplumada, hay en Teotihuacan una rica simbología: la cruz de Quetzalcóatl, los símbolos planetarios y los acuáticos, el hombre-tigre, pájaro-serpiente, la mariposa, el jeroglífico de ollin y la representación de la flor y el canto. Todo esto se conserva y puede verse en las numerosas pinturas murales de los palacios teotihuacanos y, por lo que a esculturas se refiere, en la extraordinaria pirámide conocida como templo de Quetzalcóatl y Tláloc.

Ya se ha notado en numerosas ocasiones que esta simbología, originada en Teotihuacan, se conservará a través de más de un milenio y será la misma que encontraremos en los códices y en el arte de los pueblos nahuas posteriores. Por esto no es aventurado afirmar que el mundo de los símbolos nahuas alcanza su formulación primera y más plena en Teotihuacan. De aquí que probablemente los textos indígenas que ayudarán a elucidar esos símbolos en la época postclásica podrán también arrojar alguna luz para acercarse a la comprensión del pensamiento de quienes vivieron en la ciudad de los dioses.¹⁶ No parece esto arbitrario si se acepta que, siendo una la simbología, al menos en su raíz debió de ser una misma la inspiración original.

Si admitimos esto, podríamos formular una especie de catálogo con los principales elementos, símbolos y aun concepciones que parecen haber constituido el núcleo del pensamiento de aquellos sabios, “conocedores de las cosas ocultas, poseedores de la tradición”, que, como dice el texto de los informantes, vinieron a ser los señores de Teotihuacan. Entre esos elementos están los siguientes: el empleo de los calendarios, el *tonalpohualli* y el *xiuhpohualli*; la antigua imagen del mundo, con sus orientaciones cósmicas, sus

¹⁶ Véase a este respecto el libro de Laurette Séjourné, *Un palacio en la ciudad de los dioses*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959, en el que se intenta la confrontación de la simbología teotihuacana, presente sobre todo en las pinturas murales y en la cerámica, con los textos nahuas y otras representaciones de códices con miras a esclarecer su probable significación en virtud de una no interrumpida secuencia cultural.

pisos celestes y las moradas de los muertos; la idea de una suprema divinidad que reside más allá de todos los travesaños celestes; el carácter dual de lo divino manifiesto en la representación de parejas de dioses: Tláloc y Chalchiuhtlicue, Tláloc y Quetzalcóatl; particularmente el culto a la serpiente emplumada, que en los textos posteriores es símbolo de la sabiduría divina y del supremo dios de la dualidad.

A esto hay que añadir la presencia de signos que parecen ser anticipo de la concepción y la práctica de la penitencia que purifica, de la preeminencia del arte que es flor y canto, sin olvidar la organización de grupos dedicados a cultos y prácticas especiales como son los hombres tigres, preludio de los llamados “caballeros tigres” del mundo azteca.

Los elementos que hemos destacado, presentes todos en Teotihuacan, son raíz de lo que más tarde habría de creerse y pensarse en el ámbito del mundo náhuatl. En cierto modo son también continuación de lo que, como ya vimos, floreció en los tiempos de la cultura madre. Como por desgracia no disponemos de otras fuentes para conocer siquiera con sombra de detalle las especulaciones de los sabios teotihuacanos en relación con este marco de ideas y de símbolos, hemos de contentarnos con lo que nos ha revelado la arqueología. Añadiremos sólo que los nahuas posteriores relacionaron a Teotihuacan, donde aparece ya el glifo del movimiento, con los grandes mitos cosmogónicos y situaron en ella el origen del quinto sol, el principio de la edad en que vivimos.

Otras formas de testimonio, más cercanas a lo que hoy consideramos historia, son casi inexistentes. Ya vimos que en los antiguos himnos transmitidos por los informantes se habla de la presencia de sabios. Se alude también allí al modo como fueron edificadas las pirámides e incluso se da una explicación del significado de la palabra Teotihuacan. Integrada ésta por la raíz de *teutl*, dios, la partícula que indica causa, *ti*, y los sufijos *-hua* de posesión y *-can* de lugar, *Teotihuacan* valdría tanto como “lugar que tiene por propio transformar a uno en dios”. Un solo texto se conserva en relación con esto mismo. Es un poema que atribuyen los informantes a los mismos teotihuacanos y que pone al menos de manifiesto su opinión acerca del elevado espiritualismo de esa cultura:

Según decían:

“Cuando morimos,
no en verdad morimos,
porque vivimos, resucitamos.
Alégrate por esto.”

Así se dirigían al muerto,
cuando moría.

Si era hombre, le hablaban,
lo invocaban como ser divino,
con el nombre de faisán.

Si era mujer, con el nombre de lechuza.

Les decían:

“Despierta, ya el cielo se enrojece,
ya se presentó la aurora,
ya cantan los faisanes color de llama,
las golondrinas color de fuego.

Ya vuelan las mariposas.”

Por esto, decían los viejos,
quien ha muerto se ha vuelto un dios.

Decían: “se hizo allí dios,
quiere decir que murió”.¹⁷

Esto parece ser lo que conocemos acerca de las creencias y pensamiento de los teotihuacanos. Es poco ciertamente, pero nos permite al menos sacar dos conclusiones importantes:

La primera se refiere a la existencia en la ciudad de los dioses de grupos de sacerdotes y sabios, tributarios culturalmente de los más antiguos pobladores de las costas del golfo. A esos *tlamatinime* teotihuacanos se debe la concepción y la creación de la más suntuosa y grande metrópoli que existiera en el ámbito del México antiguo. Fueron ellos poseedores del calendario e inventores de una rica simbología. A pesar de lo limitado de los testimonios, sabemos que, gracias a sus logros a través de los siglos del esplendor clásico, pudieron arraigar para siempre en la conciencia de los pueblos prehispánicos concepciones y creencias tan llenas de significación como las referentes a Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría, y las de la flor y el canto, como expresión de un sentido estético de la vida.

¹⁷ Informantes de Sahagún, *op. cit.*, f. 195r; AP I, 94.

La segunda conclusión, corolario de la anterior, lleva a afirmar que el pensamiento del hombre teotihuacano es antecedente importantísimo de las lucubraciones de los sabios nahuas de tiempos posteriores. Así como los teotihuacanos derivaron el calendario y otras instituciones de la cultura madre, así también los nahuas de la etapa postclásica recibieron de ellos elementos e ideas fundamentales con las cuales dieron cimiento a su cultura. Gracias sobre todo a los testimonios que se conservan acerca de los toltecas de Tula, que entran ya en un horizonte histórico y que parecen ser los más directos herederos de la cultura teotihuacana, podremos esclarecer mejor la secuencia que lleva a la final aparición de las doctrinas de los *tlamatinime* del periodo azteca. Es cierto que los aztecas fueron en sus orígenes grupos de nómadas procedentes del norte. Pero, al entrar en contacto con las formas de cultura superior de la América Media, principalmente al hacerse herederos de los toltecas, su pensamiento habría de alcanzar raíces muy hondas. Su herencia cultural implicó el legado de los siglos teotihuacanos y el más antiguo aun de los creadores del calendario. Sólo así parece posible explicar el postrer florecimiento azteca que, si es rostro el más conocido y aparente del México antiguo, es también continuación y reinención dentro de un mismo contexto cultural cerca de dos veces milenario.